

ral Bertrand. Una vez cruzado el puente, debía formar la guardia en batalla sobre la meseta de Lindenau que domina el Elster, y presentar así al enemigo una retaguardia invencible. Como era probable que, al ver los coligados nuestra partida, quisieran arrojar sobre nosotros, á fin de añadir á nuestro paso por medio de Leipsick todas las dificultades de una sangrienta lucha, prescribió al 7.º cuerpo del general Reynier, compuesto á la sazón de la única división de Durutte, que disputara el arrabal de Halle al Norte de la ciudad. Le debía ayudar la división Dombrowski en tan peligrosa tarea. Marmont, con las reliquias de su 6.º cuerpo y una división del 3.º de Souham, debía defender al Este de la ciudad, donde iban á apretarse Blücher y Bernadotte. Finalmente, Macdonald, cuyo cuerpo había sufrido menos que los otros el día 18, enlazándose con Marmont por su izquierda y en unión de Lauristón y de Poniatowski, debía proteger el lado del Sur contra el grande ejército de Bohemia. Mientras la guardia, toda la caballería y los restos de Víctor, de Augereau y de Ney levantaban el campo, tenían encargo estos cuerpos de disputar los arrabales á todo trance, de barrear como pudieran sus calles, de desfilar después ellos mismos por una ancha rambla guarnecida de árboles que rodeaba á la ciudad y la separaba de los arrabales. Replegándose unos tras otros por esta vía, tres ó cuatro veces más ancha que una calle, debían seguir por el lado del Poniente, ganar el puente de Lindenau y cruzar sucesivamente el Pleisse y el Elster. Llamado el coronel Montfort al lado de Berthier, no para el establecimiento de puentes accesorios, pues ya no era tiempo de pensar en tal cosa, sino para ciertas precauciones de seguridad, recibió orden de disponer una mina debajo del arco más próximo á la ciudad, para hacerlo saltar en el momento en que el ultimo cuerpo francés la hubiera pasado; orden muy fácil de dar, pero sujeta en la ejecución á sabe Dios cuántos riesgos. ¿Sería bastante largo el combate de los arrabales para dar lugar á que desfilasen los hombres y las cosas? ¿Y tendrían tiempo de retirarse á su turno y de librarse de manos del enemigo los cuerpos encargados de sostener aquel combate? ¿No era, finalmente, de temer que, penetrando los coligados por algunos puntos, llegaran al puente antes que los últimos cuerpos franceses? ¿Cómo contener en este caso la persecución de los unos sin impedir también la retirada de los otros? Napoleón no experimentó zozobra por ninguna de estas cuestiones, y no podía experimentarlas tampoco, pues en la extremidad á que había llevado las cosas, solamente el acaso debía decidir de las consecuencias. Por otra parte, aún absorbido al parecer en expedir órdenes, se ocupaba asimismo en penetrar con siniestra mirada en las sombrías profundidades de lo venidero, donde ya podía ver, no sólo batallas perdidas, sino imperios desmoronados y su misma persona precipitada con las ruinas en un abismo.

A estas instrucciones para la retirada en Leipsick añadió otras destinadas á los cuerpos dejados junto al Elba y reducidas á capitular todos si no les volvía á abrir las puertas de Francia, cerradas entonces, un milagro de energía y de presencia de ánimo que los juntara al mariscal Davout sobre el bajo Elba. Al gran cuartel general, del que permaneció separado, le previno que se encaminara á Torgau con los parques. Despachó

emisarios á Dresde, á Torgau, á Wittemberg, para indicar un medio de salvación, consistente en que el mariscal Saint-Cyr, que aún mandaba treinta mil hombres, y que, de no perder tiempo, se hallaba en disposición de arrollar cuanto hallara al paso, saliera de Dresde y se dirigiera á Torgau, de allí á Wittemberg y de allí á Magdeburgo, y allegando sucesivamente las guarniciones todas, se fuera á incorporar á Davout con setenta mil hombres. Contando cien mil entre ambos, aún podrían salvar á algunas guarniciones del Óder y tornar en seguida á Francia por Wesel á la cabeza de ciento veinte mil soldados. ¡Pero qué de milagros se tenían que operar para que tal orden llegara, se pusiera por obra y saliera á medida del deseo! ¡Apenas se hubiera podido esperar semejante milagro de soldados y de oficiales que tuvieran el ímpetu y la confianza de la victoria! Y en este caso, ¡qué de miles de heridos, cuarenta mil quizá, y no menos entregados á la barbarie de un vencedor cegado por cierta especie de fanatismo patriótico hasta el extremo de inducirle á creer que el patriotismo dispensa de mostrarse humano!

Toda la noche del 18 al 19 duró el desfile de los diversos cuerpos, y fué especialmente retardado por el paso de la artillería, que era muy numerosa y había conservado valerosamente sus piezas. Casi todos los infelices heridos de la jornada del 18 eran sacrificados de antemano, siendo absoluta la imposibilidad de llevarlos consigo. Pero hubo tiempo de juntar algunos de los de la jornada del 16, y seguían detrás sobre carros pequeños que se pudieron haber á la mano. Esta serie de cañones, de arcas, de carros con heridos, formaba un hacinamiento enorme y retardaba sobremanera el desfile de las columnas. Pretendiendo pasar tan luego como llegaba y pisando á menudo á la muchedumbre inerme que obstruía los puentes, aumentaba el tumulto la guardia, que se había batido denodadamente, pero que tenía el espíritu de dominación de los cuerpos de preferencia, y así provocaba gritos de odio en su contra. El triste orgullo de llevarse cinco ó seis mil prisioneros, cogidos en Dresde unos y en Leipsick otros, ocasionó un nuevo embarazo, pues ocuparon el puesto de idéntico número de soldados útiles ó de heridos. Cuando asomó el día, se hizo aún mayor la afluencia, porque todos pensaban en la fuga después de tomar algunas horas de reposo y se apresuraban á ganar el tiempo consumido en el sueño. Esfuerzos inauditos se hacían para entrar en aquel angosto torrente que corría hacia Lindenau y que en ciertos momentos acababa por detenerse, como se detienen por falta de espacio los témpanos de hielo que arrastra un río próximo á helarse. Cada tropa nueva que se quería meter entre aquella muchedumbre, daba margen á resistencias, á gritos y á verdaderos combates. Añádase á este lúgubre espectáculo el estampido de mil bocas de fuego, que volvieron á empezar á tronar desde por la mañana, y apenas se tendrá exacta idea de nuestra horrible partida de Alemania.

Desde que comenzó á alumbrar el día, se fué á despedir Napoleón de la familia real de Sajonia. ¡Un momento había realizado el sueño de sus mayores dándole la corona de Polonia, pero á este precio le había perdido, contra su voluntad sin embargo, como se había perdido á sí propio! ¡Y para colmo de miseria, de la gloria, cosa única para él imperecedera, nada dejaba á esta in-

feliz familia, al par que dejaba parte de honor inmortal á los polacos, á quienes también había perdido! Con efecto, la honrada y tímida corte de Sajonia había pasado los diez últimos años al pie de los altares, así como otros los pasaron sobre los campos de batalla. Napoleón tenía que sufrir grandes cargos del anciano monarca, y por su parte podía hallar materia de cargos no menos graves de resultas de la conducta observada la víspera por los soldados sajones, pero tenía demasiado orgullo para emplear de este modo los cortos instantes que podía dedicar á su aliado. Le manifestó su sentimiento de entregarle así á toda la ira de la coalición sin defensa; le comprometió á tratar con ella, á separarse de Francia, y le afirmó que en ningún tiempo le ocurriría quejarse de tal conducta. Irguiendo con arrogancia su rostro grave, mas no abatido, le expresó la esperanza de volver formidable detrás del Rin muy pronto, y prometiéndole no estipular paz alguna en que fuese sacrificada Sajonia. Después de recíprocos abrazos, dejó á aquella buena é infeliz familia, espantada al verle permanecer tan tarde en medio de los peligros que le amenazaban por todos lados.

Ya fuera de la mansión del monarca, en vano trató Napoleón de abrirse paso por entre las calles de Leipsick. Se vió obligado á ir á la ronda por un rodeo, y á seguir hasta el puente donde la apretura cedió ante su persona, pues, aunque ya empezara á inspirar sentimientos amargos, todavía eran completas la admiración, la fe en su genio y la obediencia. Cruzó los puentes y se encaminó á Lindenau, para esperar al otro lado del Pleisse y del Elster á que el ejército desfilara ante sus ojos.

Durante este tiempo trabóse en torno de Leipsick un nuevo combate. Los soberanos y los generales coligados no podían creer en su fortuna, porque era la primera victoria que hubiesen alcanzado sobre Napoleón desde principios del siglo, y aún no era victoria la que les acababa de costar tanta sangre y tantas angustias, sino una serie de acciones violentas, cuyo carácter sólo iba á decidir la postrera. Este cuarto día esperaban un conflicto espantoso, cuyos horrores estaban resueltos á sobrellevar como verdaderos mártires de su causa. ¡Pero cuáles no fueron su sorpresa y su alegría cuando, disipada la niebla de otoño entre ocho y nueve de la mañana, divisaron al ejército francés, apretándose sucesivamente en torno de Leipsick y deslizando por entre el interminable puente de Lindenau á las llanuras de Lutzen! Dieron gracias al cielo de un resultado que apenas se habían atrevido á esperar, y al punto ordenaron á sus soldados que se arrojaran sobre el recinto de Leipsick, para procurar que fuera más ardua y mortífera la retirada de los franceses. Marchando cada cual en el orden del día antes, la columna del príncipe de Hesse-Homburgo, que formaba la izquierda de los coligados, persiguió á Poniatowski por el arrabal correspondiente á la puerta de Peters-Thor. La columna del centro, de Kleist y Wittgenstein, se presentó delante del arrabal mismo, pero en una barrera situada algo más á la derecha, la de Windmühlen. La columna de la derecha, de Klenau y Benningsen, se presentó en la barrera del Hospital, que va á parar á la antigua puerta de Grimma. Bulow, del cuerpo de Bernadotte, se dirigió sobre el arrabal situado entre las puertas de Grimma y de Halle,

y se encargó al general York, que había descansado el día antes, trasladarse por el Norte á las orillas del Elster y del Pleisse, para contrariar lo más posible el desfile de nuestras columnas. Pero dondequiera encontraron una resistencia tenaz los coligados. Nuestros soldados irritáronse á su vez tanto como sus enemigos, y les humillaba tanto la pretensión de batirlos como á los alemanes nuestra pretensión de dominarlos. Orgullosos de su conducta en estas jornadas, se hallaban bajo el peso del infortunio, no de la derrota, y estaban decididos á hacer pagar á caro precio su retirada ó su vida.

Al Norte y al Este de Leipsick, en el arrabal de Halle, los restos de los cuerpos 3.º, 6.º y 7.º repelieron con vigor á las tropas de Sacken y de Langerón. Apostados estos valientes en un vasto edificio, mataron á dos ó tres mil hombres antes de evacuarlo, y aun hicieron una espantosa carnicería algunas compañías ligeras del 6.º cuerpo, cayendo sobre las tropas que atacaban el edificio. Marmont con una división del cuerpo 3.º y otra del 6.º defendió contra Bulow el frente del Este, y habiendo penetrado en la ciudad algunas cabezas de columnas, lanzó sobre ellas el regimiento 142 de línea y el 23 de ligeros, que las destrozaron casi del todo. Macdonald, Lauristón, Poniatowski, con sus tropas exasperadas, recibieron de igual manera las columnas enemigas que se presentaban delante de los arrabales del Sur. Dondequiera fué cruelmente castigada la impaciencia de los vencedores, y con pocas pérdidas hicimos experimentar estragos inmensos á los coligados. Sin embargo, había que renunciar á sostener por largo tiempo este combate, no por la impotencia de resistir, sino por la de concertar nuevos movimientos. En la imposibilidad de comunicarse de una calle á otra, y de distinguir la dirección de los fuegos en medio de un cañoneo horroroso, que abarcaba á la ciudad por sus cuatro frentes, no se sabía si por todas partes era igualmente feliz la resistencia, y si manteniéndose por más tiempo, se corría el peligro de que tomara la delantera el enemigo victorioso. Aumentaban la confusión algunos sajones y badenses, que se habían quedado dentro de la ciudad y disparaban sobre nuestros soldados en retirada. En las filas de Marmont, esto es, hacia el Este, creyóse que del lado de Lauristón y de Macdonald, esto es, hacia el Sur, había sido forzada la línea de los arrabales: á ambos lados creyóse lo mismo respecto del Norte, donde peleaban Reynier y Dombrowski. Con este recelo se pusieron casi simultáneamente en retirada, desembocando sobre la ronda que separaba los arrabales de la ciudad. Entonces la apretura fué allí tan grande como en el puente. A todas las calles de los arrabales llegaban columnas que se replegaban combatiendo y que acrecentaban el hacinamiento hasta el punto de que ni los enemigos se pudieran abrir paso á la bayoneta. Obligado Marmont á retirarse á su turno, no logró sin enorme trabajo penetrar entre la apiñada muchedumbre que henchía la ronda. Por su fortuna, habiéndole reconocido algunos oficiales de su cuerpo, cogieron la brida de su caballo, y abriéndole camino á cuchilladas, le introdujeron en aquel espeso torrente que corría con lentitud hacia los puentes.

A este punto se llegaba de la espantosa evacuación de Leipsick, cuando sobrevino una catástrofe horrible, fácil de prever de sobra, y que excitó á la desespera-

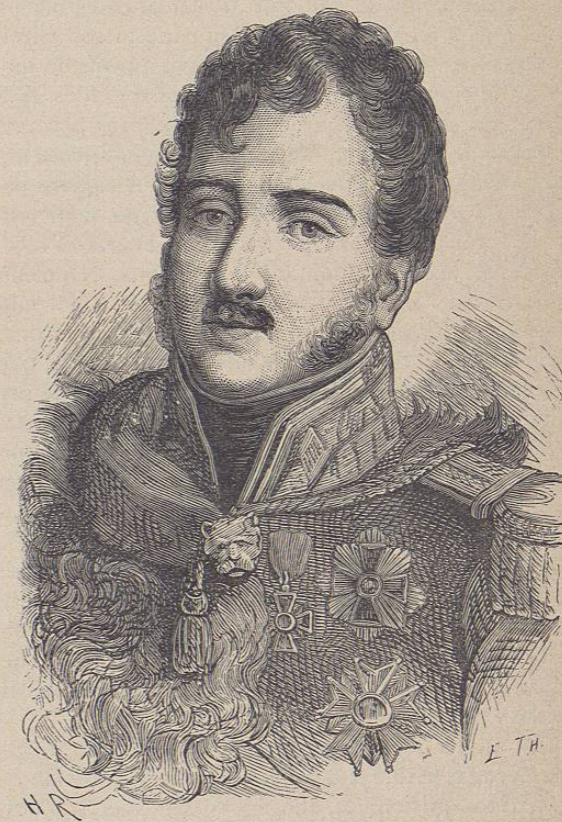
ción á los que por la salvación común se sacrificaban á la defensa de los arrabales de Leipsick. A la columna de ingenieros de Monfort se le había mandado que mirara el primer arco de aquel puente continuo, que tan pronto es puente como una elevación de terreno, y abarca los numerosos brazos del Pleisse y del Elster, según hemos dicho. Este arco se hallaba situado á la extremidad de Leipsick correspondiente á Lindenau y construído sobre el principal brazo del Elster. Minándolo había el coronel Monfort, apostando allí algunos zapadores al mando de un cabo de escuadra, los cuales aguardaban la señal con la mecha en la mano. Pero su perplejidad era grande, pues del lado del arrabal de Halle, y por entre los bosques que cubren esta parte de las afueras de la ciudad se oía cada vez más cerca el fuego de la fusilería. De un instante á otro se esperaba ver desembocar al enemigo confundido en tropel con nuestros soldados, y se ignoraba si más allá quedaban aún tropas francesas empeñadas en el combate. Así el coronel Monfort preguntaba á cuantos iban llegando si aún había muchos cuerpos á la espalda, en qué orden se sucedían unos á otros, cuál sería el postrero, y no sabiendo apenas cada uno lo que inmediatamente pasaba á sus ojos, nadie era capaz de responderle. En este apuro ideó el coronel pasar al otro extremo del puente, esto es á Lindenau, donde Napoleón se encontraba, para lograr que se le dieran luces acerca de lo que debía poner por obra, y alejándose por un instante, previno al cabo de zapadores que no prendiera fuego á la mina, sino cuando, en lugar de los franceses, viera aparecer á los enemigos.

Apenas dió algunos pasos por entre la apiñada muchedumbre que colmaba el puente, se le alcanzó la imposibilidad de ir adonde se hallaba Napoleón y de volver al punto de partida. Esfuerzos vanos hizo para tornar á su puesto, como que en el puente que había abandonado momentos antes ocurría la escena más tumultuosa. Persiguiendo algunas tropas de Blücher á las reliquias del cuerpo de Reynier por entre el arrabal de Halle, se presentaron en las inmediaciones del puente confundidas en tropel con los soldados del 7.º cuerpo. Ante esta perspectiva gritaron espantadas voces: «¡Prended fuego, prended fuego!» El cabo, á quien se repetía de todas partes que se necesitaba destruir el puente creyó que ya era llegada la hora, y puso fuego á la mina. Al punto retumbó una explosión horrorosa: volando por los aires los pedazos del puente, y volviendo á caer sobre ambas orillas, causaron víctimas á una y otra parte. Pero este deplorable error tuvo muy distintas consecuencias al cabo de algunos instantes.

Aún se hallaban en la ronda de Leipsick el general Reynier con un resto del 7.º cuerpo, Poniatowski con los polacos que habían sobrevivido, Lauristón y Macdonald con las reliquias del 5.º y del 11.º cuerpos, oprimidos entre doscientos mil contrarios y muchos brazos de ríos, sobre los cuales estaban destruídos los medios de paso. De esta suerte se hallaban condenados más de veinte mil soldados franceses con sus generales á perecer ó quedar prisioneros de un enemigo, á quien la exasperación de esta guerra hacía inhumano. Se creyeron vendidos y exhalaban gritos de furia, y en las alternativas de la especie de desesperación que les dominaba ya entonces, ora revolían á bayoneta calada sobre los

que los iban persiguiendo, ora tornaban hacia el Pleisse y el Elster para cruzarlos á nado. Después de una refriega confusa y sangrienta se rindieron los unos, se lanzaron á los ríos los otros, logrando algunos pasarlos á nado, y siendo muchos arrastrados por la corriente. Los generales con mando de tropas, entre los cuales figuraban dos mariscales, no querían dejar tan excelentes trofeos al enemigo, y procuraron ponerse en salvo.

Poniatowski, ascendido por Napoleón á mariscal el día antes en recompensa de su heroísmo, no vaciló en meterse dentro del Elster. Ya en la orilla opuesta, ha-



El general Poniatowski

llóla escarpada, y vacilante de resultas de muchas heridas, desapareció en el seno de las aguas, sepultado en su gloria, con la caída de su patria y la nuestra. Macdonald imitó su ejemplo, y tocando en la opuesta orilla, encontró allí soldados que le ayudaran á treparla, y logró quedar salvo. Cercados Reynier y Lauristón antes de que pudieran intentar la fuga, fueron conducidos ante los soberanos de Rusia, Prusia y Austria, en cuya presencia no habían aparecido de largo tiempo atrás más que como vencedores. Al reconocer Alejandro al general Lauristón, á aquel embajador sensato que tantos esfuerzos hizo por impedir la guerra de 1812, le alargó la mano reconviéndole por haber aspirado á substraerse á su estima. Nada omitió para que fueran contemplados los generales franceses, prisioneros suyos; delante de ellos disimuló su orgullo satisfecho á maravilla, pero quiso que asistieran á todo el esplendor de su triunfo. Con efecto, en la plaza mayor de la ciudad estaban reunidos los príncipes victoriosos y los generales, felicitándose unos á otros, cumplimentándose recíprocamente por lo que habían hecho, delante de los

moradores de Leipsick que, á causa del terror de los tres días anteriores, salían de las cuevas de sus casas, y aclamaban á una á los soberanos libertadores. Entre estos personajes agitados se hacía notar Bernadotte, persuadido de que él solo había decidido la victoria llegando el postrero, siendo el único que lo creía, pero bien acogido por Alejandro, quien en su fina política aspiraba á mantener bajo su influjo al futuro rey de Suecia. Mientras Alejandro agasajaba sobremanera á este francés combatiente en contra de Francia, se mostraba durísimo respecto de un príncipe alemán á quien calificaba injustamente de traidor á Alemania. Este príncipe era el infeliz rey de Sajonia. De su parte fueron oficiales dos veces en el curso de la mañana á pedir un momento de entrevista, sin que se les prestara oídos. A la sazón había un tercero que, con el sombrero en la mano, suplicaba al emperador Alejandro que permitiera al anciano monarca ofrecerle sus homenajes. A algunos pasos de allí se encontraba el infeliz soberano, implorando sin fruto una mirada del vencedor. Fuerza es reconocer que, más acostumbrado á la victoria, Napoleón había tratado mejor á los reyes vencidos. Cediendo Alejandro á un sentimiento poco digno de su persona, envió á decir al rey de Sajonia que no quería verle, que se le había cogido con las armas en la mano, y que por tanto era prisionero de guerra; que los soberanos aliados decidirían de su suerte, haciendo que se le notificara el fallo. Así no habían comprado el perdón de su rey los sajones al abandonarnos sobre el campo de batalla.

Fijémonos en el ejército francés de nuevo, retirándose mutilado por entre los numerosos brazos del Pleisse y del Elster y dejando aún este día veinte mil de sus soldados prisioneros, ó moribundos sobre las calles de Leipsick, ó ahogados en las ensangrentadas aguas del Pleisse y del Elster.

Esta última de las cuatro jornadas nefastas de Leipsick elevó las pérdidas del ejército francés, entre muertos, heridos, prisioneros, ahogados ó extraviados, á muy cerca de sesenta mil hombres. No había perdido el enemigo menos número de soldados bajo el fuego; pero sus heridos debían ser y eran objeto de los cuidados del patriotismo alemán agradecido. ¿Y qué iba á ser de los nuestros?

Desde Lindenau donde se encontraba, oyó Napoleón una explosión violenta: muy pronto conoció su causa y sus consecuencias; por extremo airado mostróse contra todos aquellos á quienes se podía culpar de tan funesto accidente, y aparentó voluntad de encontrar criminales cuando no los había, y si había alguno, sólo era su persona, como autor de esta horrible guerra.

Tal fué la larga y trágica batalla de Leipsick, una de las más sangrientas, y de seguro la mayor de todos los siglos, y que terminó tan desastrosamente la campaña de Sajonia, empezada en Lutzen y Bautzen con tanta fortuna. Sin duda se preguntará cómo, después de cálculos tan profundos, de maniobras tan sabias, de esperanzas tan lisonjeras, pudo ser conducido Napoleón á catástrofe semejante, y no se comprenderá en efecto sino dándose cuenta de todos los móviles que le hicieron obrar, y transformaron en espantosos reveses las más hermosas concepciones que figuran entre el número de las de su vida. Supóngase un general menos grande,

pero colocado en una situación sencilla, no teniendo ni toda una fortuna que rehacer de un solo golpe, ni tantos motivos de orgullo para disimularse la verdad, no estando acostumbrado tampoco á buscar resultados extraordinarios en combinaciones atrevidas y complicadas, y ciertamente obrara de otro modo, y según todas las verosimilitudes, aun cuando no alcanzara triunfos insignes, al menos evitara un desastre. Al menor amago de un movimiento sobre sus espaldas por el Elba inferior ó por la Bohemia, sin perder instante levantara el campo de Dresde, no dejando allí más que los enfermos que no se pudiera llevar consigo. De este modo lograra poner en cobro no sólo á los doscientos mil soldados que aún contaba entonces, sino á los treinta mil dejados en la capital de Sajonia, y verosíblemente á los otros treinta mil de Meissen, Torgau y Wittemberg, y de reunir sobre el Saale una masa compacta que no debilitaran ni las marchas excesivas, ni los destacamentos obligados sobre el Elba. Si en esta situación uno de los ejércitos enemigos, el de Bohemia ó el del Elba, cometiera la falta de preceder un día en Leipsick al otro, sin duda le abrumara, y en seguida cayera sobre el segundo. Supóngase que no se le ofreciera la ocasión de triunfo tan señalado, al menos tornara á ganar sano y salvo las márgenes del Saale, y si no pudiera ser defendida esta línea corta y fácil de rebasar por todos lados, de nuevo tomara el camino del Rhin con cordura, y por medio de instrucciones dirigidas oportunamente á todas las guarniciones de las plazas del Elba inferior, les mandara replegarse unas sobre otras hasta Hamburgo, adonde de positivo llegaran sin accidente, hallándose atraídos en persecución del grande ejército los contrarios. De este modo formaran con el mariscal Davout un excelente ejército de ochenta mil hombres, que hubiera vuelto á las márgenes del Rhin por Wesel, con lo cual se hallaran cerca de trescientos mil hombres en buen estado sobre la frontera del imperio y opusieran á la invasión una barrera invencible. Pero por carácter, por orgullo, por costumbre y necesidad de resultados extraordinarios se hizo imposible para Napoleón tan sencilla conducta.

A la noticia de una doble marcha de sus enemigos sobre Leipsick, bajando los unos de la Bohemia, subiendo los otros del Elba á lo largo del Mulda, no pensó en su seguridad ni un instante. Acostumbrado á verlos ocultarse de continuo, sólo tuvo la zozobra de que se le pudieran escapar nuevamente, y en vez de ir á Leipsick en derechura por el camino más corto, lo cual salvara doce ó quince mil hombres dejados en los lodazales del otoño, bajó el Elba en dirección de Duben para coger á Blücher y á Bernadotte á golpe hecho, siempre convencido en su orgullo de que estaban más prontos á la fuga que á la pelea. Apenas en marcha, y siempre en pos de combinaciones capaces de producir vastos resultados, ideó lanzarse sobre las huellas de Blücher y de Bernadotte, seguirlos á todo trance más allá del Elba, arrollarlos sobre el camino de la capital de Prusia, y remontar luego la orilla derecha del Elba hasta Torgau ó Dresde, cruzar este río nuevamente por dichos puntos, y caer improvisamente sobre la espalda del ejército de Bohemia. Sin duda la combinación era tan profunda como atrevida, y con los soldados, el ardimiento y la fortuna de Austerlitz, diera de sí resultados

prodigiosos. Pero para esta quimérica esperanza venía resignarse á dejar treinta mil hombres en Dresde, y Napoleón no vaciló en dejarlos. Llegado á Duben sobre el bajo Mulda, muy luego pudo echar de ver que, lejos de huirle, Blücher y Bernadotte aspiraban á tomarle en Leipsick la delantera para juntarse al príncipe de Schwartzberg y abrumarle. Al punto abrazó su partido, retrocedió hacia la ciudad aquélla, y con la seguridad habitual de su golpe de vista, situóse del único modo adecuado á impedir la unión de sus enemigos. Pero tornaba á Leipsick después de una marcha inútil de cincuenta leguas: tornaba privado de treinta mil combatientes dejados en la capital de Sajonia, de una porción igual dejada en Wittemberg, en Torgau, en Meissen, y marchaba en una larga columna, cuya tercera parte por lo menos no podía asistir á la primera y más decisiva batalla. Obligado á hacer cara á todos sus enemigos, no presentes aunque podían estarlo, le fué imposible tener consigo á Ney y á Bertrand el 16 de octubre y lanzarlos con Macdonald sobre el flanco de Schwartzberg para agobiarle, y no quedando por tanto vencedor de una manera fulminante el primer día, de súbito se vió colocado en una posición horrosa, donde estaba condenado á sucumbir en los días siguientes bajo una reunión abrumadora de fuerzas. Abrazar acto continuo el partido de la retirada; ejecutarla, ya que no el 17, pues aguardaba á Reynier todavía, al menos durante la noche del 17 al 18; volver á ganar lo más pronto posible por Lindenau, Lutzen y Weissenfels sus comunicaciones amenazadas, y establecer con este objeto los puentes necesarios sobre el Pleisse y el Elster, era la única conducta indicada, la conducta sencilla del capitán cauto, más ocupado en salvar su ejército que en conservar su prestigio. Pero hacer una retirada arrogante, imponente, á la luz del día, echándose encima del enemigo que se atreviera á apretar mucho, y no con el fin de ponerse en salvo, sino de mantener la actitud de victorioso, fué y debía ser el pensamiento del conquistador mimado de muy atrás por la fortuna, del conquistador que no supo salir de Moscú á tiempo, y así resultó la funesta batalla del 18, y la retirada aún más funesta del 19, ejecutada con un solo puente. La confusión á que dió margen inevitablemente en el último instante, á causa de este modo de dirigir las cosas, produjo la explosión del puente del Elster, que marcó con el sello de la fatalidad esta horrosa batalla de cuatro días.

Este resumen de los hechos demuestra, pues, la verdadera causa de todas las desventuras de que acabamos de dar noticia.

No hay que buscar aquí, á la manera que tampoco en Moscú, en la decadencia de los talentos del capitán el origen de tan deplorables resultados, porque el capitán nunca se mostró más fecundo, ni más atrevido, ni más tenaz, ni más soldado; sino en las ilusiones de su orgullo, en la necesidad de volver á ganar de un solo golpe su inmensa fortuna perdida, en la dificultad de confesarse bastante pronto su derrota; finalmente, en todos los vicios, que en pequeño y en plena fealdad se descubren en el jugador ordinario, cuando locamente aventura riquezas locamente adquiridas, y que se echan de ver en grande y en todo su horror en el jugador gigantesco que juega con la sangre de los hombres, como

otros con el dinero. Al modo que los jugadores pierden su fortuna en dos veces, la primera por no saber limitarla, y la segunda por quererla reponer de un solo golpe, Napoleón comprometió la suya en Moscú por quererla demasiado grande, y en la campaña de Dresde por quererla rehacer toda. Siempre obraban las mismas causas, la alteración, no del genio, sino del carácter echado á perder por la omnipotencia y por la victoria.

Tras de tales reveses no quedaba á Napoleón otro arbitrio que tomar la vuelta del Rhin sin demora. Después de contar no menos de trescientos sesenta mil hombres de tropas activas al comenzar de nuevo las hostilidades, sin incluir las guarniciones; después de tener todavía doscientos cincuenta mil dos semanas antes, y de dejar treinta mil en Dresde, un número casi igual en el camino de este punto á Duben, y de Duben á Leipsick; después de perder sesenta ó setenta mil en las diversas batallas de Leipsick, y un número que no se puede puntualizar con la defección de los aliados, conservaba de ciento á ciento diez mil soldados á lo sumo y en el estado más deplorable. La única cosa que aún tenía en cantidad considerable y de calidad excelente, aunque difícil de acarrear por desgracia, era la artillería. Tenía muy buena, servida perfectamente, habituada á poner su honor en salvar sus cañones, y que sólo había perdido los que la destrucción del puente del Elster impidió trasladar en tiempo oportuno de una orilla á otra. Lo que de artillería quedaba entonces, se hallaba en doble proporción de los soldados. Si servía de embarazo, al menos era un recurso y de los más preciosos para un día de combate.

Napoleón pasó con las reliquias de su ejército en torno de Lutzen la noche del 19 al 20 de octubre. Bertrand y Mortier habían arrollado á Giulay, y llegados á Weissenfels se aseguraron de la posesión del Saale. En la mañana del 20 corrió Napoleón á Weissenfels para dirigir la retirada en persona y tomar la delantera á todos los cuerpos enemigos en los pasos esenciales. Si seguía á la izquierda, entendiéndose de vuelta al Rhin, por el camino real de Weissenfels, se encontraba el famoso desfiladero de Kosen, donde el mariscal Davout se había cubierto de gloria, defendiendo la llanura de Awerstædt, y donde se corría el riesgo de hallar á Giulay, que, rechazado por Mortier y Bertrand, podía ir muy bien á buscar el desquite. Napoleón, con su previsión no alterada por la desventura, imaginó dar un rodeo á la derecha, y en vez de pasar el Saale por Naunburgo, cruzarlo por Weissenfels, cuyos puentes poseía, ganar en seguida á Freyburgo, para cruzar por allí el Unstrutt, desembocar en la llanura de Weimar y de Erfurt, mientras, llevado Bertrand por un movimiento rápido hacia la izquierda al desfiladero de Kosen, procurara preceder al enemigo en este punto, y defenderse allí contra el grande ejército del príncipe de Schwartzberg el más largo tiempo posible. Apenas concebido este plan de marcha, lo puso Napoleón por obra.

Bertrand, cuyo 4.º cuerpo se había aumentado con la división de Guillemot, según se ha visto, fué encaminado en seguida sobre Freyburgo, con Mortier que mandaba dos divisiones de la joven guardia, con la caballería ligera de Lefebvre-Desnoettes y con el cuerpo de caballería del general Sebastiani. Batiendo por don-